## CAPITULO XVII.

### Los cristianos del Japon al tiempo de la ultima persecucion.

Tenemos referido el júbilo de corazon de los santos aprisionados en Meaco Pedro Bautista y sus compañeros, cuando el dia 13 de Diciembre se les notició por Gibongio que dentro de poco todos serian muertos por la fé de Cristo. Pero como habiendo oído la última voluntad de Taicosama hiciera prontamente quitar las guardias de la casa de los padres jesuitas y mandado órden al gobernador de Osaca que hiciera lo mismo respecto de los misioneros de la Compañía residente allí, siguiendo con todo sus pérfidas miras, despachó á un comisario suyo para que dirijiéndose de nuevo al convento de Santa María de los Angeles, por segunda vez formase una lista de los nombres de los cristianes que directa ó indirectamente formaban una misma familia con los franciscanos, lo que llevándose á efecto se encontraron como 170 cristianos, reunidos en ese local con los hijos del Seráfico Padre. Considerando, sin embargo, Gibongio, que no era posible llevar al suplicio tan gran número de fieles, dispuso, que solamente se anotasen los nombres de aquellos que junto con los frailes de Luzon se habian dedicado á predicar la religion cristiana, ó les hubieran servido directamente en esta clase de cosas; de lo que resultó que en la lista fueron inscritos únicamente cuarenta y siete. Y aun pareciéndole todavía demasiado considerable este número, mandó fuesen interrogados cada uno de por sí, si realmente fuesen familiares de los franciscanos, y que solo se dejasen en lista los que por sí mismos confesasen su complicidad. Sabido esto por esos valerosos frailes, y persuadidos que de su propia confesion dependia ser ó no mártires de Jesucristo, todos unánimes y trasportados de un gozo, el



mayor acaso que se ha visto otra vez, clamaron en voz alta: "Somos cristianas, somos secuases y discípulos de los frailes de Luzon, con ellos hemos predicado la fé de nuestro Dios y en su compañía debemos morir." Y no solamente los 47 frailes que acabamos de mencionar, sino tambien los demas que fueron quitados del número de los 170 primeramente anotados y aun otros que rodeaban el convento de Porcíuncula, hicieron pública y solemne profesion de su fé; lo que ciertamente al paso que honra altamente á aquellos fervorosos hijos de la religion católica, no menos manifiesta las profundas raices que en sus corazones habia hechado la fé de Jesucristo en el Japon. Sin embargo, permitiéndolo así Dios por sus inescrutables fines, no consiguieron todos la palma de mártires, aunque la tuviesen tan asegurada, porque el comisionado, no dice la historia por qué motivos, de los cuarenta y siete solo elijió como dignos de muerte á doce, Terceros todos, catequistas, enfermeros, discípulos ó auxiliares de los franciscanos en la obra del apostolado católico; es decir, á los santos Leon Garasuma, Pablo Suzuqui, Buenaventura y Gabriel que ya habian sido conducidos, como arriba se dijo, á la cárcel pública de Meaco desde el 8 de Diciembre, Francisco Médico, Cosme Taquia, Tómas Idanqui, Juan Quizuya, Pablo Ibarche, Miguel Cosaqui y el niño Luis Ibarche, con otro llamado Matías, que como adelante veremos perdió la palma del martirio.

Lo mismo se ejecutó en Osaca; inscribiéronse de nuevo los nombres de San Martin de la Ascencion y de los tres Terceros que moraban en el pequeño convento de Belen, esto es, los tres santos Joaquin Saquiyi Antonio de Nagasachi y Tómas, hijo de San Miguel Cosaqui. Por lo tocante á los padres de la Compañía de Jesus, el gobernador de la ciudad, temiendo la reprension de Taicosama, que otras veces se habia quejado fuertemente con él de haber otorgado demasiada libertad á los cristianos, á pesar de la órden recibida de Gibongio, no se atrevió á retirar las guardias de su colegio, por lo cual, llegado el momento de mandar á Meaco la lista de los condenados á muerte, fueron tambien icluidos en ella los santos Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai. Despues de lo espresado no no ocurrió otra cosa á los santos prisioneros hasta el fin de Diciembre. Pero en este intermedio de tiempo fué tanta la conmocion de los cristianos, ansiosos de sufrir el martirio junto con

los misioneros sus padres y maestros, que no podemos menos de consagrar á su memoria lo restante de este capítulo, refiriendo algunos de tantos hechos admirables presenciados en aquel pueblo cristiano, que ademas de servir de edificacion á nuestros lectores, haran conocer el poder de la fé católica y las fatigas que para propagarla en esas tierras debieron sufrir especialmente los hijos de San Francisco de Asís.

Y sea el primero el admirable hecho de una mujer llamada María, esposa de Cosme Joya, y por lo mismo no menos ilustre por la nobleza de su cuna que por la santidad de sus costumbres. Esta heróica señora, tan luego como llegó á su noticia que todos los cristianos habian sido condenados á la muerte de cruz, dando fervorosas gracias á su Divino Redentor, lleno el corazon de celestial alegría, lo anunció á sus dos hijas Magdalena é Isabel, las que al instante protestaron solemnemente sus deseos de morir por Cristo. Entonces la santa madre, para convencerse mejor de su voluntad, como manifestando no dejar crédito á sus palabras, dispuso con frialdad que en el dia de la prueba se retirasen de Meaco, salvándose en algun lugar seguro. Ofendidas de esta disposicion esas hermosas doncellas, respondieron violentamente y de lo mas íntimo de su corazon: "¿Qué es lo que decís, madre mia? ¿No somos tambien cristianas? ¿por qué, pues, dejarnos perder la palma de los mártires? No, no, nosotras no os dejaremos y moriremos con vos." A lo que respondió María, conteniendo apenas las lágrimas y abrazándolas tiernamente: "Pues bien, preparémonos, queridas hijas mias, á dar la vida por Cristo." Y dicho esto sacaron las tres las mas ricas ropas que tenian, para tenerlas prontas para vestirse de fiesta en el dia del martirio.

¿Pero qué diremos de aquel noble y fervoroso cristiano, muchas veces nombrado en esta historia, Cosme Joya, esposo de la referida María é íntimo amigo y bienhechor insigne de los franciscanos? Informado apénas de su amenazada prision, con el alma traspasada de dolor no vaciló en presentarse valerosamente á Taicosama y echarle en cara su crueldad, como otras ocasiones lo habia hecho en defensa de los cristianos, al grado de haberse tenido por milagro de que el tirano no lo hubiese mandado matar; aunque no dejó de pagar bastante caro su noble valor, siendo despojado de sus bienes y destituido de sus nobles empleos. Pero Cosme lejos de afligirse, dió gracias á Dios de verse pobre por su amor,



y cuando oyó decir que Gibonio habia despachado un comisionado al convento de Santa María de los Angeles para poner en lista á los cristianos condenados á muerte, urgido del deseo de contarse en ese hermoso número, corrió desalado á ponerse á lado de los padres. ¿Pero será posible referir el dolor que destrozó su corazon al ver defraudadas sus santas esperanzas? ¿Podrán contarse los ardientes ruegos, las fuertes y repetidas instancias para conseguir que su nombre apareciese en la lista de los sentenciados? Cuando despues de tan inútiles diligencias vió Cosme cerrársele el camino del martirio, llorando como niño por las calles de Meaco, esclamaba: "Dios mio, ¿por qué no soy digno de dar la vida por Vos, que la dísteis primero por mí? ¡Ah! lo comprendo, mis pecados son la causa; ellos, ellos solos impiden que no brille sobre mi frente la gloriosa aureola de los mártires! ¡Oh padres y amados maestros de mi alma! dentro de poco aparecereis en el cielo, ornada la cabeza de duplicada y brillante corona, mientras yo continuaré en este suelo ingrato pasando la vida entre dolores y penas!" Ultimamente, pareciéndole que no debia de ningun modo abandonar á los franciscanos, consiguió á fuerza de dinero dado á las guardias y soldados, entrar en el convento, donde permaneció todo el mes, con la firme esperanza de acompañarlos á lo menos al lugar del martirio, aunque ni esto pudo lograr, como adelante veremos.

Y no menos digno de admiracion fué Justo Catayama, vulgarmente llamado Ucondono, sugeto de gran nobleza y fé católica, por la que habia padecido mucho desde la primera persecucion contra los misioneros de la Compañía de Jesus. Sabiendo éste la prision de los franciscanos, montó á caballo, y dirigiéndose á Fugimi y presentándose á Chicugandono, virey de Canga, de quien habia recibido un rico estipendio para pasar la vida, despues de haberle dado gracias por cuanto habia hecho á su favor, le ofreció en compensacion cuanto entonces formaba su rico capital, diciéndole al mismo tiempo que ya no tenia de él ninguna necesidad. Sorprendido el virey, preguntóle la causa de aquella su inesperada renuncia. A lo que Justo le contestó: "¿Pues qué no sabeis lo que pasa? Taicosama ha pronunciado sentencia de muerte contra todos los cristianos, y siendo yo uno de ellos por mi gran fortuna, y debiendo dentro de poco dar la vida por Cristo, he resuelto manifestar primeramente mi gratitud á quien

debo tantos beneficios." Sorpendido á estas palabras el virey, apuró todo su ingeio para que Justo deponiendo el pensamiento de muerte, procurara ponerse en salvo. Mas fué envano, porque aquel esforzado caballero, valeroso soldado en otro tiempo de Taicosama, y uno de los mas poderosos señores del Japon, al grado de imponer respeto al mismo emperador, volviendo á tomar su caballo, regresó inmediatamente á Meaco á reunirse con los franciscanos para participar con ellos su última suerte; aunque no le tocó morir por Cristo con profundo dolor de su corazon.

Otro admirable ejemplo de fé y de constancia, digno por cierto de los primitivos tiempos de la Iglesia, dió un cristiano de Meaco llamado Matías; el cual llegado el tiempo de la persecucion y sabido el arresto de los franciscanos en su propio convento, sin ninguna tardanza determino ponerse él mismo en manos de los soldados para sufrir el martirio. Pero teniendo un hijo como de diez y seis años, que actualmente se hallara en servicio de un gran señor en un lugar á tres jornadas de Meaco, haciendo al punto testamento, y nombrándolo heredero de todos sus bienes, le escribió la siguiente carta:

"Hijo mio, los religiosos de San Francisco, y con ellos todos los cristianos de Meaco, han sido sentenciados á muerte, lo que te hago saber, porque estoy resuelto á perder la vida en su compañía. Cuanto yo poseo te pertenece segue las leyes: vive pues, sirviendo á Dios, y ruega por tu padre cuando ya no exista."

No tardó mucho tiempo en recibir la respuesta de su hijo en estos términos:

"Querido Padre: no creo una ventaja por la miserable herencia de este mundo perder la que me está preparada en el cielo. Yo tambien soy cristiano y por lo mismo me conviene participar con voz de igual suerte. Si los gentiles (lo que sobre todo sucede en el Japon) se juzgan deshonrados, cuando un hijo reusa morir en compañía de su padre, ¿cómo quereis que yo, especialmente en ocasion tan bella y venturosa, me niegue á morir con voz por amor de aquel Dios que en premio de nuestro valor, nos coronará en la muerte con los ángeles en el cielo? Por lo tanto os aviso, que dentro de poco estaré á vuestro lado." Así fué, pero



por las razones espresadas aunque Dios admitio el piadoso deseo pero no quiso el sacrificio de estos dos intépidos crstiainos.

Hemos indicado en el capítulo anterior, la manera con que Pablo y Constantino, hijos de Guenifoin, uno de los gobernadores de Meaco, le manifestaron su deseo de morir por Cristo. Debemos ahora decir las santas industrias de estos dos virtuosos jóvenes para llegar á conseguir sus fervientes votos. Pablo, el primogénito, de veinte y dos años de edad, se hallaba en la provincia de Tamba, cuando supo haber sido aprisionados los religiosos, de órden de Taicosama.

Y al momento, excitado en su corazon un fuerte deseo de unirse á ellos luego que fuesen conducidos al suplicio, mandó inmediatamente á algunos de sus criados á Meaco y á Osaca, para que lo informasen minuciosamente de cuanto pasaba en esos lugares contra los adoradores del Crucificado; y no tardó mucho sin que le avisaran de la sentencia de muerte fulminada en su contra por Gibongio.

Entonces, llamando Pablo á algunos de sus mas fieles amigos, les anunció su propósito de dirijirse á Fugimi y despues á Osaca, manteniéndose allí escondido, mientras se le proporcionase ocasion de reunirse á los mártires. Así lo hizo en efecto; pero temiendo que por ser hijo de tan gran señor, lo respetarian los soldados, despojándose de sus ricos y nobles vestidos para no ser conocido de ellos, se disfrazó con la túnica que solian usar los predicadores de la fé cristiana, cuyo noble ejemplo fué imitado al momento por sus demas amigos, sin la menor excepcion.

Pero como entre estos se encontraba uno de corta edad y recien bautizado, temiendo el santo jóven, con razon, que no llegase á perseverar en el dia de la última y terrible prueba, llamándolo aparte, le dijo:

"Niño mio, aun no conoces todavía lo que quiere decir terminar la vida con muerte de cruz; lo mejor será que esperes otro tiempo para morir por Dios."

A lo que le contestó el niño: "Confieso, Señor, que llevo poco tiempo de ser cristiano; mas no obstante, gracias á Dios, comprendo demasiado lo que importa salvar la propia alma. No estimo tanto la vida, cuando estoy cierto que la muerte del cuerpo me debe abrir las puertas del cielo."

Complacieron tanto á Pablo tan fervorosas palabras, que abrazándolo

tiernamente y dándole gran cantidad de dinero para socorrer á sus pobres padres, unidos todos, se pusieron en camino para Osaca.

No fué menos admirable el valor de Constantino, hermano de Pablo, tiernísimo amigo del V. Marcelo de Rivadeneyra y residente entonces en Meaco, quien habiendo oído la órden de Taicosama, de acuerdo con su primo Miguel, corrió precipitado á unirse á los misioneros. Pero no habiéndoles permitido las guardias la entrada al convento, se retiraron á una pobre casa poco retirada, hasta que causado de esperar mas, salió á la calle pública, y comenzó en alta voz á declararse cristiano; por lo cual fué llevado ante su padre, al que protestó solemnemente que deseaba morir por Cristo junto con sus maestros. A estas resueltas palabras, airado Guenifoin, lo reprendió ásperamente, diciéndole: "¡Oh hijo cruel! ¿hasta cuándo serás inhumano con tu padre? ¿Porqué no antes de abrazar la religion cristiana me diste aviso? Y puesto que tu nueva profesion de fé era ignorada, ¿por qué, publicarla tú mismo, cuando de esto podrá seguirse tu muerte?" A lo que le contestó intrépidamente el hijo: Lo hice, padre mio, porque nada me espanta la muerte, sino antes la deseo ardientemente por amor de mi Dios." Nada valieron las lágrimas y los ruegos de toda clase de que se valió la madre. Constantino estuvo firme, y tal vez habria caido mártir de Jesucristo junto con Pablo y Miguel, si Guenifoin no hubiera despues, como se ha dicho, mitigado la ira de Taicosama contra los misioneros de la Compañía de Jesus, de quienes eran mas especialmente familiares.

Tambien fué admirable el ejemplo dado por Doña Gracia, reina antes de Tango, y como queda dicho estraordinariamente afecta á los hijos de San Francisco; la cual luego que oyó la órden de Taicosama, reuniéndo en su casa gran número de mujeres cristianas, comenzó á decirles: "Ya, queridas mias ha llegado la hora de la prueba, la hora de demostrar con hechos ser verdaderas amantes de Jesucristo. Ea, pues, preparémonos al martirio. Dios nos llama á la gloria, no desoigamos su llumamiento. ¿Y qué, debemos acaso ser menos que los hombres? Por todas partes los cristianos hermanos nuestros se preparan á dar la vida por Cristo; ¿y nosotras, nosotras solas, nos encerraremos medrosas dentro de nuestras casas por temor de la muerte? Preciso es que los discípulos sigan las huellas de sus maestros. Vamos, repito, si verdaderamente os senti s



en vuestro corazon enamoradas de Cristo y de su religion, imitad lo que me vereis hacer." Y al heróico ejemplo de Gracia, todas aquellas mujeres, pobres y ricas, esclavas y libres, partieron enagenadas de gozo á preparar sus mejores vestidos para adornarse en el dia del martirio y morir decorosamente sobre la cruz.

Lo mismo se vió en todas las demas partes del Japon, especialmente en Osaca. Vivia en esta populosa ciudad un cristiano llamado Víctor Hodaquesuqui, secretario del gobernador del lugar, el que sabida la prision de San Martin de Aguirre, se dirigió prontamente á su casa, y llamando á su mujer é hijos, exhortándoles grandemente á morir por Cristo, se encaminó en su compañía al pequeño convento de Belen á ponerse al lado del Santo franciscano, y á los que por el camino, so pretesto de amistad le aconsejaban que huyese de Osaca, ó á lo menos no obligase á su familia á morir, les respondia valeroso: ¿Qué decis? ¿Sabreis que no puedo yo dar á mis hijos un bien mayor, que del que ahora se trata, es decir el que sean contados en el número de los mártires? Pero tambien sus esperanzas quedaron fallidas como las de los otros.

Admirable fué igualmente el ardor conque Andrés Ongasavara, nutural de la provincia de Ovari, pero entonces junto con su familia, vecino de Osaca, se preparó á la muerte. Porque apenas supo que en union de los misioneros sufririan tambien el martirio muchos cristianos, esperando contarse en el número de estos, anunció públicamente que profesaba la religion de Jesucristo y pertenecia á los que por esa causa eran sentenciados. Mas oyendo decir despues, que entre tantos fieles solamente á algunos tocaria tan dichosa suerte, encontrándose con Víctor, de quien acabamos de hablar, entró con este en disputa, probándole con multitud de razones, convenirle á él preferentemente dar la vida en defensa de la fé.

Empero mucho mas edificante y placentero al mismo tiempo fué el diálogo que tuvo con su padre, hombre de ochenta años, muy sencillo y naturalmente virtuoso, el cual, como por ser cristiano de pocos meses, le pareciese á Andrés no tener la mejor disposicion para sufrir el martirio, le ocurrió irlo preparando poco á poco. Presentándosele, pues, y manifestándole primeramente los rumoros que ya corrian contra los adoradores del Crucificado, le habló de esta manera: "Padre mio, aun

no conoces lo bastante lo que quiere decir martirio, pero escúchame y te lo esplicaré. Entre tantos dones y beneficios espirituales que Dios nuestro Señor suele conceder á sus hijos, tiene en primer lugar la gracia de dar la vida por ellos, de la que un hombre debe creerse adornado, cuanto antes que abandonar su ley siente dispuesto su corazon á sufrir toda clase de injurias, persecuciones y tormentos y aun la misma muerte. Aquel, por lo tanto que aspira á tan sublime don de Dios, es de toda necesidad que considere bien, primero, si reconoce en sí tanta paciencia para resignarse á soportar por su amor todos los padecimientos posibles."

A estas palabras contestó riendo el anciano: "¡Oh hombre niño! ¿y te atreves tú á aconsejarme tales cosas? ¿Pretenderás que yo me deje matar por un puñado de gente tan malvada? ¿Crees acaso, que viendo yo á esos impíos aprisionar á nuestros padres espirituales, pueda estarme quieto, como si tuviese atadas las manos? No, por cierto, porque seria una grande vergüenza." Tenia el buen viejo, segun la costumbre de los japones, ceñida la espada, y sacándola de la vaina, dando vueltas por la estáncia con ella en la mano, con la cabeza erguida y el rostro airado, como si fuese un hombre de fresca edad, esclamaba repetidas veces: "¡Ah! sí, vengan, vengan estos hombres inicuos y perversos, y si intentan matar á los padres, yo los defenderé con estas armas mientras tuviere brazos y espada; y si despues me quitaren la vida, caeré contento con ser mártir, porque no seré muerto como hombre vil sin haber antes combatido como esforzado y valeroso soldado."

Despues de este arrebato, calmado algo, volvió á su asiento, al parecer tranquilo; pero recalcando en su interior las palabras de su hijo, se levantó de nuevo, apretó la espada en la mano, reconociola de la punta al puño, y dando grandes pasos y esgrimiéndola en todas direcciones, cual si estuviese combatiendo, y siempre colérico, fijando la vista en Andrés repitió: "¡Vaya con lo que me ha venido á aconsejar este mancebo, de dejarme asesinar vilmente por semejante gentuza! Vive Dios, que antes deberán esperimentar el valor de mi brazo, porque bien sé como se maneja este fierro."

Viendo entonces Andrés cuán inútil habia sido aquella prueba, y temiendo que el buen anciano no fuera á hacer algo contrario á la religion, en el caso que llegaran los soldados, como se decia, trató de persuadir-



lo al menos á retirarse de Osaca, rogándole de esta manera con la mayor tranquilidad. "Padre mio, no ignoras la antigua y renombrada familia que es la nuestra por todo el Japon. Ahora bien, pues que tengo firmemente decidido dar la vida por Cristo, procura tú ponerte en salvo, junto con mi hijo único, para que no se estinga nuestra estirpe." A cuyas palabras mas ofendido y encolerizado el anciano, le contesto: "¡Oh petulante rapaz, cada vez advierto mas que estás privado enteramente de juicio, cuando te atreves á hablarme así! ¿Te parecen propios estos consejos para darse á un viejo? ¿Acaso, te conviene á tí, siendo jóven, mas conveniente morir primero que yo tan avanzado de edad? ¿Con qué cara sufriré tranquilo semejante vileza en medio de los hombres? No, jamas toleraré tanta ignominia. Y puesto que te has atrevido á darme consejos, escucha ahora uno de mi boca. Tú, ponte en salvo en mi lugar, y deja que yo llegue á mártir, pero despues de haber roto la cabeza á nuestros enemigos."

Es indecible el dolor del pobre de Andrés al escuchar el firme propósito de su padre; pero Dios finalmente quiso consolarlo de improviso, y puede decirse por un milagro, iluminando el alma del anciano; el cual, mirando á su mujer, así como á la jóven esposa de Andrés y demas de la familia, escoger los mas hermosos y ricos vestidos que tenian y preparar objetos de devocion, como reliquias de santos, rosarios y cosas semejantes, quedó fuertemente sorprendido, á vista de una cosa tan enteramente nueva para él. Y mucho mas creció su admiracion oyéndolas esclamar. "¡Bendito sea nuestro Dios, que nos ha reservado á estos felices tiempos, y preguntándoles el motivo de su gozo, le contestaron: "Hacemos esto para adornarnos en el dia del martirio, dia de gran fiesta para nosotros y para todos aquellos que antes de abandonar á Jesucristo estén prontos á dar la vida por él, para tenerla mas gloriosa en el cielo." A tan fervorosas palabras, mudando repentinamente de opinion el anciano, esclamó tambien: "Y yo no quiero ser menos que vosotros." Y arrojando en seguida la espada y depuesto en un todo su furor, tomó el rosario, y rezando devotamente se preparó á la muerte con grande alegría y no inferior consuelo de los que lo escucharon. Empero por las razones ya espresadas, no concedió el Señor la palma de mártires á esos magnánimos discípulos de la Iglesia Católica.

En obsequio de la brevedad, dejamos de hacer mension de multitud de otros hechos semejantes; llenos todos de aquel fervoroso entusiasmo que bastan solos para demostrar la divinidad de la religion de Cristo. Por que en efecto, tocaria á lo imposible referir cuánto todos aquellos cristianos, de un modo ó de otro, despreciaron sus bienes, riquezas y honores y aun su misma vida por confesar á Jesucristo y á su santa ley. Diremos únicamente, que despues de los primitivos tiempos de la Iglesia, jamas se vió en la cristiandad tanto amor de sacrificio y tan gran deseo de padecer la muerte en solemne triunfo de la fé del Nazareno, como en la del Japon, aunque tan recien fundada y nacida en medio de peligros y riesgos de toda clase, de persecucianes públicas y privadas, de ocultas asechanzas, calumnias, contradicciones, amenazas, cárceles y destierros. Llegada la hora de la prueba, todos, hombres y mujeres, pobres y ricos, jóvenes y ancianos, se levantaban como una sola persona, á confesar intrépidos su sacrosanta religion, lo que era tanto mas heróico, cuanto estaban muy ciertos, al menos en su interior, de encontrar puntualmente por ello la muerte. ¿Y quien presenció nunca un espectáculo mas tierno y edificante? Las madres con sus pequeños niños, los padres con sus propios hijos, los amos con sus criados, los grandes señores con sus familiares, prontos, sin temor, con alegre semblante, trasportadas sus almas de inefable júbilo, manifestarse no solo cristianos, reunirse únicamente á los santos misioneros franciscanos y jesuitas, sino rogar ellos mismos y excitar á los soldados que escribiesen sus nombres en la lista de los sentenciados. Ciudades enteras y populosas poblaciones quedaron desiertas, partiendo todos los cristianos á Meaco y Osaca para unirse á los mártires y participar en su compañía de su última suerte. Viéronse nobles matronas, vestidas de gala, con el Crucifijo en la mano, salir al encuentro á los soldados y ofrecerles gruesas sumas de dinero, para que sus nombres apareciesen entre los demas que se conducian al suplicio, sufriendo con heróica paciencia villanías, injurias é insultos; viejos y jóvenes trabajar con sus propias manos grandes cruces, y abrazados á estas esperar que se presentasen los esbirros á prenderlos; niños de pocos años, llorar en pos de sus padres para que los condujeran á la muerte; delicadas doncellas, en fin, con el rosario al cuello, seguir los pasos todos de sus madres, recelosas de que sin saberlo no se dirigiesen al lugar del martirio.



Y Bien: si esto no manifiesta un grande y espléndido milagro obrado por el dedo mismo de Dios, un solemne y acaso jamas visto triunfo de su fé, ¿á cuál otra deberemos dar crédito? Y entiendan los lectores, que semejante entusiasmo no fué de poca duracion ni momentanea; sino continuado por largo tiempo, desde el principio de la persecucion hasta el sacrificio de la cruz sufrido por los mártires japones: es decir desde los primeros dias del mes de Diciembre de 1596, al 5 de Febrero del siguiente año, y aun mucho despues como lo haremos observar en el discurso de esta historia.